

VERDAD, CONCIENCIA, LIBERTAD Y RESPONSABILIDAD

Verdad y libertad.

«La Iglesia posee una verdad, una doctrina, una sabiduría y una experiencia, que la gente necesita en su camino hacia la liberación y el bien auténticos. Éste es el marco en el que hay que leer la carta encíclica *Veritatis splendor*, publicada recientemente, y que surgió de un profundo sentido de la necesidad de volver a presentar la luz del Evangelio y la enseñanza autorizada de la Iglesia sobre los principios básicos, que constituyen los cimientos de la vida moral. Se propone ayudar a disipar la confusión paralizadora que mucha gente experimenta hoy ante las cuestiones fundamentales sobre el bien y el mal, lo correcto y lo equivocado. La reafirmación de la enseñanza moral de la Iglesia, que es constante pero al mismo tiempo siempre nueva, constituye una respuesta necesaria del Magisterio a la crisis ética tan difundida que afecta a la sociedad contemporánea. Como pastores expertos, sois plenamente conscientes de la profundidad y las consecuencias de esta crisis en la vida diaria de la gente, así como de vuestra responsabilidad de ofrecer una guía pastoral de acuerdo con el pensamiento de Cristo y de la Iglesia.

»El núcleo del mensaje de la *Veritatis splendor* es la reafirmación de la relación esencial entre la verdad y la libertad (cf. n. 32). La verdad universal sobre el bien de la persona humana y las normas perennemente válidas que aseguran la protección de ese bien son, desde luego, asequibles a la razón humana; podemos realmente compartir el conocimiento de Dios sobre lo que deberíamos ser y lo que debemos hacer si queremos alcanzar el fin para el que hemos sido creados. Dado que esta ley está escrita en nuestros corazones (cf. Rm 2, 15), aceptarla y actuar en conformidad con ella no significa someterse a ninguna imposición exterior, sino abrazar la verdad más profunda de nuestro propio ser (cf. *Veritatis splendor*, 41, 50). A la pregunta acerca de qué verdad debería regular el destino humano, la Iglesia responde: la verdad de Dios, que es la verdad del hombre. Asimismo, a la pregunta sobre qué justicia debería guiar a la sociedad, la Iglesia responde: la justicia de Dios, la única verdaderamente humana y humanizadora.

»Ayudar a los hombres y mujeres contemporáneos a redescubrir 'la relación inseparable entre verdad y libertad' (ib., 99), es una exigencia apremiante de nuestro ministerio pastoral, individual y colectivo. Al asegurar que las verdades básicas de la doctrina moral de la Iglesia se enseñen claramente, ofrecemos una reafirmación de la dignidad de la persona humana, una correcta comprensión de la conciencia, única base sólida para el ejercicio correcto de la libertad humana, y un fundamento para vivir juntos en solidaridad y en armonía civil. Todo esto es un servicio esencial al bien común. ¿Cómo puede la sociedad moderna detener su camino hacia comportamientos cada vez más destructivos, que violan los derechos fundamentales de la persona humana, sin redescubrir el carácter inviolable de las normas morales que deberían regular la conducta humana siempre y en todo lugar? (cf. ib., 84).

»Cuando rechaza el relativismo ético y el agnosticismo sobre el bien moral, la Iglesia no es dogmática ni sectaria. La verdad que la Iglesia está defendiendo afirma la dignidad trascendente de la persona y la obligación inviolable de respetar la conciencia de todo hombre. De hecho, esta verdad ofrece la garantía más segura a la libertad humana, porque —como escribí en la Centésimus annus— cuando no existe una verdad última, la cual guía y orienta la acción política, entonces las ideas y las convicciones humanas pueden ser instrumentalizadas fácilmente para fines de poder' (n. 46), dejando a la persona indefensa frente al dominio de una opinión particular o de un sistema ideológico.

»Puede decirse que, al indicar la necesaria relación entre verdad y libertad, la encíclica demuestra la falsedad primordial que ha causado sufrimientos indescriptibles, mal y violencia a la familia humana desde sus orígenes, y que hoy parece no tener límites, engañando incluso al elegido (cf. Mt 24, 24). Como declara san Pablo con gran sencillez en su carta a los Romanos, la falsedad consiste en que muchos 'cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura en vez del Creador' (Rm 1, 25). En la práctica, el resultado final es la entronización del egocentrismo y la muerte de la solidaridad y del amor generoso».

JUAN PABLO II: Discurso a un grupo de obispos estadounidenses en vista «ad limina», 15 de octubre, *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXV, núm. 45 (1.297), 5 de noviembre de 1993.

Con claridad al servicio de la verdad.

«¿Qué necesitan con urgencia los hombres y mujeres de nuestro tiempo? Sobre todo, la verdad. Sin la verdad no puede haber auténtica libertad, ni sincera comunión. Para ser voz del pueblo, vuestro semanario debe ponerse siempre y con claridad al servicio de la verdad. Podríamos decir que éste es su cometido específico, su modo típico de contribuir a la edificación de la comunidad cristiana y al desarrollo de la comunidad civil. El testimonio cristiano en ese campo supone competencia y profesionalidad, honradez de vida y fidelidad a las enseñanzas del Evangelio.

»Así pues, estad siempre atentos a la verdad, solícitos al servicio del bien y entregados a transmitir la novedad evangélica. La difusión de los principios cristianos sobre la familia, el trabajo, la educación y la plena dignidad personal y social del hombre ha de seguir siendo la tarea característica en que vuestro periódico inspire su acción. Para ello podrá contar siempre con la comprensión y el apoyo de la Iglesia».

JUAN PABLO II: Discurso a un grupo de peregrinos de la diócesis de Brescia, 9 de octubre. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXV, núm. 45 (1.297), 5 de noviembre de 1993.

La conciencia no es un tribunal que cree el bien, sino que debe formarse a la luz de normas de moralidad universales y objetivas.

«Uno de los principales problemas pastorales que debemos afrontar es la difundida interpretación incorrecta del papel de la conciencia, allí donde la conciencia y la experiencia individuales se consideran superiores o se oponen a la enseñanza de la Iglesia. Los jóvenes de Estados Unidos, y en realidad los de todo el mundo occidental, con frecuencia son víctimas de teorías educativas que afirman que cada uno 'crea' sus propios valores y que 'sentirse satisfecho' es el principio moral fundamental; por eso, piden que se les libre de esa confusión moral. Todos los que enseñan en nombre de la Iglesia deberían honrar sin temor la dignidad de la conciencia moral como el santuario en que se escucha la voz de Dios (cf. Gaudium et spes, 16); pero con el mismo empeño deberían proclamar, contra el subjetivismo, que la conciencia no es un tribunal que crea el bien, sino que debe formarse

"a la luz de normas de moralidad universales y objetivas. Una enseñanza clara sobre estas cuestiones es esencial también para reanudar la práctica necesaria del sacramento de la penitencia. Las miles de confesiones que los sacerdotes escucharon en Denver muestran que los jóvenes conocen el valor de este sacramento, a pesar de la profunda crisis que lo afecta (cf. Reconciliatio et poenitentia, 28).

»Una enseñanza clara sobre estas cuestiones es liberadora porque propone el significado auténtico del ser discípulos: Cristo invita a sus seguidores a ser sus amigos (cf. Jn 15, 15). En efecto, seguir personalmente a Cristo es el fundamento esencial de la moral cristiana, La obediencia de la fe (cf. Rm 16, 26) es una aceptación intelectual de la doctrina y un compromiso de vida, que nos lleva a una unión cada vez más perfecta con Cristo. La Iglesia debe estar siempre atenta a no reducir la 'palabra de la verdad' (Col 1, 5) a un código abstracto de ética y moral, o a un tratado de normas de buen comportamiento. El anuncio de la moral cristiana, tan ligado a la nueva evangelización, no debe vaciar la cruz de Cristo de su poder (cf. 1 Co 1, 17)».

JUAN PABLO II: Visita «Ad lumina» a los obispos estadounidenses de Nueva Inglaterra, 21 de septiembre. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXV, núm. 40 (1.292), 1 de octubre de 1993.

Es preciso formar la conciencia en el respeto de la ley moral.

«Un punto de contacto entre el pensamiento cristiano y lo mejor de la cultura contemporánea es, ciertamente, la percepción de la dignidad del hombre. Esa dignidad se funda en la interioridad del ser humano, creado 'a imagen de Dios' (Gn 1, 26), pues entre todos los seres del mundo visible sólo el hombre no se limita a existir, sino que sabe también que existe, gracias a la inteligencia con que 'participa de la luz de la mente de Dios' (Gaudium et spes, 15). Y así san Agustín pudo escribir: 'Entra en ti mismo; en lo más íntimo del hombre es donde habita la verdad' (De vera religione, 39, 72).

»Entre las riquezas de esta interioridad del ser humano, la conciencia moral es un elemento esencial. En ella se manifiesta una ley que lo impulsa a amar y practicar el bien y a evitar el mal' (Gaudium et spes, 16). Esa conciencia se halla en lo más profundo de la persona, donde radica la responsabilidad moral y

"la misma experiencia religiosa. El Concilio nos ha recordado al respecto: 'La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquélla' (ib.).

»En la reciente encíclica *Veritatis splendor*, reafirmando la conveniencia y la universalidad de la ley moral, subrayó el valor central de la conciencia. En realidad, ley moral y conciencia no se plantean como una alternativa. La conciencia es la norma próxima del obrar y, en cuanto tal, hay que obedecerla incluso en el caso de error debido a ignorancia invencible. Pero su fuerza vinculante brota de la misma ley moral, cuyas exigencias aplica a las situaciones concretas de la vida.

»La conciencia no crea la norma, sino que la recibe como imperativo que se le impone. Por tanto, en la base de su juicio no se halla la presunción de una autonomía absoluta, sino la humildad de la criatura que se siente dependiente de su Creador.

»Como todas las cosas humanas, también la conciencia puede fallar, cayendo en engaños y en errores. Es una voz delicada, que puede ser atropellada por una vida ruidosa y distraída, o casi abogada por un largo y grave hábito de vicio.

»La conciencia debe ser cultivada y educada, y el camino principal de su formación, al menos para quien tiene la gracia de la fe, es la confrontación con la revelación bíblica de la ley moral, autorizada e interpretada, con la asistencia del Espíritu Santo, por el Magisterio de la Iglesia».

JUAN PABLO II: Meditación mariana del Santo Padre, domingo 7 de noviembre. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXV, núm. 46 (1.298), 12 de noviembre de 1993.

Libertad y responsabilidad.

«En Cristo se halla la respuesta más plena al interrogante sobre la opción entre libertad y responsabilidad. La responsabilidad es lo que da plenitud a nuestra libertad. Sin ella, nuestra libertad humana podría constituir incluso un gran peligro y una gran amenaza para cada uno de nosotros y para los demás.

»No hay plena libertad sin responsabilidad; no hay amor sin responsabilidad. Os digo esto recurriendo al título de un libro que escribí hace muchos años. Si el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, si esta imagen y esta semejanza con Dios fue confirmada por la encarnación de Jesucristo, también en

*"los aspectos más dolorosos del sufrimiento humano, que hemos
"vivido juntos con esta muchacha y con todos los demás jóvenes y
"ancianos que sufren, se encuentra la respuesta definitiva: si el
"Hijo de Dios aceptó la cruz, también en nuestras cruces huma-
"nas, lituanas, juveniles, o en las de los ancianos, se encuentra un
"misterio salvífico, un misterio cuyo significado y sentido nos re-
"veló Jesucristo mismo.*

*»Esta es la herencia vivificante de vuestra fe, de estos siglos
"de fe cristiana de los lituanos. Espero que los ancianos y los adul-
"tos transmitan esta fe a los jóvenes. Y también espero que los
"jóvenes encuentren esta fe nueva y la ofrezcan a los ancianos.
"Así, este intercambio salvífico de la fe entre las generaciones,
"será la vida de vuestra patria, de la Lituania cristiana».*

JUAN PABLO II: Palabras del Santo Padre al final del encuentro con los jóvenes en Kaunas, 7 de septiembre. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXV, núm. 38 (1.290), 17 de septiembre de 1993.

El sentido y los límites de la libertad humana, que entendida cristianamente fluye por los cauces que señalan el amor a la verdad y el compromiso de la solidaridad.

*«Por consiguiente, son necesarias la libertad y la solidaridad,
"la identidad y el diálogo. A una con los demás cristianos de las
"diversas confesiones presentes también en vuestro territorio, la
"Iglesia católica quiere testimoniar estos valores fundamentales e
"inseparables.*

*»Tiene gran estima del valor de la libertad, es más, lo consi-
"dera necesario no sólo para el crecimiento de la persona y el desa-
"rrollo de una ordenada convivencia social, sino también para la
"formación de una auténtica vida religiosa. Efectivamente, la fe,
"por su misma naturaleza, requiere la respuesta libre del hombre;
"jamás puede ser fruto de una imposición. Por otra parte, nuestra
"adhesión a Cristo, al que reconocemos como 'camino, verdad y
"vida' (Jn 14, 6), no nos exime de abrirnos al horizonte ilimitado
"de la investigación humana, ya que el misterio en el que hemos
"creído es más grande que nuestra comprensión y nos obliga a
"reflexionar siempre, dentro de las coordenadas propias de la fe,
"mediante un diálogo fecundo con la cultura de nuestro tiempo.*

*»La fe, sin embargo, nos permite captar también el sentido y
"los límites de la libertad humana, indicándonos en Dios su fun-*

"damento, y en el amor su realización más auténtica. De esta forma, la libertad entendida cristianamente fluye por el cauce que señalan el amor a la verdad y el compromiso de la solidaridad».

JUAN PABLO II: Mensaje a los intelectuales de Estonia, entregado al Presidente de la República. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXV, núm. 38 (1.290), 17 de septiembre de 1993.

Respetar la libertad en las estructuras jurídicas y en la vida social supone el compromiso personal y la responsabilidad de todos.

«Queridos intelectuales de Estonia, confío en que también en vuestra patria se ahonde este diálogo, del que pueden brotar muchos frutos para la cultura y la sociedad.

»Dice el Evangelio: 'La verdad os hará libre' (Jn 8, 32).

»Mientras Estonia avanza con agilidad por el nuevo camino de la libertad política, es conveniente que los que se preocupan por el futuro de la libertad tengan conciencia de que respetarla en la estructuras jurídicas y en la vida social supone el compromiso personal y la responsabilidad de todos.

»Por este camino de libertad, la Iglesia será muy feliz de acompañar a la nueva Estonia, para la que deseo de todo corazón un futuro de progreso y de paz.

»Hombres del pensamiento, os manifiesto mi agradecimiento y mi amistad, al tiempo que invoco sobre todos las bendición de Dios».

JUAN PABLO II: Mensaje a los intelectuales de Estonia, entregado al Presidente de la República. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXV, núm. 38 (1.290), 17 de septiembre de 1993.